

19337-

LA ZAGALA



EDUARDO TALERÓ

Biblioteca Nacional
Córdoba

23=32 Dibujo de JOSE GUARRO

De Colombia. Reside en la Argentina. Obras suyas que conocemos: *Voz del desierto* y *Ecos de ausencia*. Uno de sus mejores poemas es "La Zagala."

1913.

COLECCIÓN ARIEL

Epitomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna

Número 25

San José, Costa Rica

Enero, 1913

SUMARIO

- Eduardo Talero..... «La Zagala»
Rubén Darío..... *A poblá...!*
Juan Maragall *La hazaña*
B. Sanín Cano *Las Universidades y el espíritu nuevo*

"LA ZAGALA"

*«Was somebody asking to see the Soul:
See! your own shape and countenance—
persons, substances, beasts, the trees, the
running rivers, the rocks and sands».*

WALT WHITMAN

ENCUENTRO

Iba esgrimiendo el tosco bordón del peregrino
allá en las soledades del desierto argentino,
sin más castillos regios para mis ambiciones
que las cumbres andinas y los agrios torreones
de hielos que al Sol bruñen su esquife de topacio
cuando los Andes le abren su nocturno palacio.

Chacay, corcel de Arauco, enarcaba su cuello
porque allá en la hondonada vió serpear el destello
del río Limay; la espuma, cual rebaño de pascua

le ensanchó el corazón; su piel tornóse en ascua
de ambar, en onduloso satín crepuscular.
Y era que ya su instinto pregustaba el chañar.

Así opulento erguía su penacho de crines
tascando iluso el freno cual si allá en los confines
mordiera extensos prados de aciduladas lilas;
o al oír tras de las lomas el són de las esquilas
maceraba el tomillo bajo sus herraduras,
goloso de retoños, sediento de aguas puras.

Las escuadras de patos tendieron tornasoles
guirnaldas sobre el cielo gris; y en los caracoles
de guijarro, la noche tañó sus ocarinas
y el aire bramó salmos y sollozó sordinas.

Ante esas voces graves medité que el proscrito
debe irse a los desiertos; y como un pajarito
vivir agazapado bajo humilde follaje
y hacerse lego de esa basílica salvaje.

Y fué la noche aquella cuando tembló en mi carpa
la misma brisa dulce que resonó en el harpa
del vagabundo Ercilla; y fué la noche aquella
en que un fogón campestre me iluminó la estrella
de ensueños apagados por una bota herrada;
y allí, sobre la hierba de reflejos estriada,
bajo los aderezos de la gran Cruz del Sur
y ante tisonés de oro recamados de azur,
me dije: no más penas, en adelante no hay
sino hacerse una chacra a orillas del Limay.
Un viejo vasco serio, sarmentoso y membrudo,
con ojos de alborada y gesto sacro y rudo

de sembrador, fué el hombro de mi convalecencia para entrar a esos huertos de la vida; su ciencia eran la luz y el aire y el vino y el candor; y era sabio: la borla de un insigne Doctor valía menos que un gajo de rosas, las espigas le excitaban cual a otros los encajes y ligas, escuchaba los roces del maizal que se enreda como otros escuchamos los de faldas de seda; dudaba de los hombres pero amaba los perros y era su amor el mismo para hijos y becerros; siempre halló analogías raras entre las pomas y el seno de sus hijas y el perfil de las lomas; eran sus telescopios los arcos de sus cejas y allá entre los bellones de las blancas ovejas pulsaba el ritmo oculto del misterio pascual; en la viña exprimían sus dedos el lustral jugo teñido de oro por el pincel solar; o inclinado a la tierra, con gesto apostolar sus dedos hechos garfios de las fuerzas profunda arrancaban del surco las esencias fecundas.

Tanta sabiduría fué allá en la Patagonia mi redentora guía, fué el texto luminoso de esos claustros celestes que la verdad custodian en sus pozos agrestes.

VIOLENCIA

Antes no había sentido mezquindad con la tierra. Somos muy egoístas: cuando al pie de la sierra me entregó el teodolito mi parte de desierto sentí celos sexuales, rencor y desconcierto porque Chacay hollaba bajo sus herraduras

las hojas de aquel monte, espinosas y duras;
por una margarita le dí una azotaína
como si me robase una libra esterlina,
cada ave pasajera por mi retazo de aire
me dejaba ofendido con su aleve desaire,
los hoyos de vizcachas ladronas y los nidos
me parecieron cuevas de terribles bandidos,
odié a una mariposa que bebió en un nectario
salvaje, sin la anuencia del nuevo propietario,
sentí el hosco despecho de los conquistadores
ante el imperio libre y audaz de los condores
cuyos plumajes negros son crespones y ojeras
de pueblos enclaustrados en rígidas fronteras,
cuyas barcas de sombra—manchas del sol—son guía
de genios que dibujan la nueva geografía...

EMOCION

Pero al ver de repente las huellas de una oruga
mis gestos de avaricia desfruncieron su arruga,
porque vi que esa chacra era junto a mi vida
lo que una selva eterna para una hoja perdida,
y que desde el pedazo más humilde del suelo
uno es dueño de todos los jardines del cielo.

Ya desde ese momento, sin orgullo y sin guantes
cogí tierra y piedritas cual si fueran diamantes,
estreché con afecto, con piedad y sin asco
el hocico del perro y la mano del vasco;
al pasar por el monte sentí de las palomas
el aplauso, y un vaho de silvestres aromas
hizo el raro prodigio de evocar en mi mente
los senos y las bocas del gozo adolescente;

al pisar una mata rústica de romero
sentí el santo perfume de aquel sillón de cuero
donde por cada párrafo de doctrina cristiana
siempre me dió mi abuela una rica manzana;
la resedá evocóme armarios de caoba
cuando volvía mi madre de la Iglesia a su alcoba;
las ramitas de junco me hicieron las cosquillas
que en los bancos de escuela sintieran mis mejillas;
en las nieblas dormidas sobre arbustos pasivos
vi mi primer mañana de insomnios ilusivos,
vi otra vez de una silla subir las espirales
del cigarro en que ardían los ocios paternos,
vi entre hostias y casullas y tocas y maitines
con plumajes de incienso volar los querubines,
y vi un traje de novia intacto todavía
y una monja que reza por mi melancolía...

.
Ese ambiente sencillo de dulces sugerencias
fué para mi alma el lienzo de las consolaciones,
nuevo pañal que tejen las soledades quietas
en el telar movable de sus tardes violetas,
olán de horas humildes deshilachado en hilas
para curarnos llagas con bálsamo de lilas,
cenizas de las cumbres morales, y humo místico
del argento en que arde ámbar el fogón eucarístico.
Y fué que mi indigencia calmóse en esas zonas
no con el trigo fácil que muelen las tahonas,
sino con esa harina que cernida en las nieblas
riegan desde sus tornos de plata las tinieblas.

Nada fué ya ese título que me diera el notario
para ver lo que llaman las leyes propietario,
en otro archivo inmenso, el de las transfusiones

vi a mi favor mil siglos de sabias prescripciones,
puesto que—claro estaba—testigo era la sierra—
yo fuí el primer amante de ese rincón de tierra,
era princesa virgen del desierto, su seno
aun estaba de espinas y de culebras lleno,
eran los azahares de su pudor huraño
las lanas que en sus breñas perdiera algún rebaño,
apenas si en sus grutas vi misteriosas cruces
grabadas por la huella de errantes avestruces,
jamás le descifraron su primitivo traje
ni la sed en sus labios sació nunca el salvaje,
mi sol muisca fué el mismo que doró sus arenas
y su luna la mía: ¡mi jardín de azucenas!

Evocando a sus Incas, de las huacas de huesos
sacaba en la alta noche convulsos aderezos,
y eran sus lucernarios enjambres de zafiros
en explosivo vuelo contra torvos vampiros;
mientras que de la sierra se azulaban los plintos
con fuegos en que ardían corolas de jacintos,
en el Limay los sauces sombreaban las espumas
con temblorosas manchas de víboras y pumas.
Esperó mis caricias y arrulló sus afanes
de pubertad, con lirás de nieve y huracanes,
esperó muchos años que mi melancolía
y la suya se unieran: y por eso era mía,
esperó que a sus claustros llegara el Arcipreste
que entendiera su idioma de princesita agreste;
además... era bella; y un proscrito, es de Jonia,
o del Tibet es príncipe, o de la Patagonia.

Y la ceñí de alambre—el dogal que las leyes usan para la tierra.—Con músculos de bueyes y uñas de recio acero la desgarré, crujían sus tejidos profundos y al fin aparecían sobre el turbión de polvo como red que en sus hebras arrancase al abismo manojos de culebras; yo iba tras del arado aspirando la grama como se aspira el lecho de adormecida dama, en cada tronco duro se excitaba mi enojo cual si me detuviese mis ansias un cerrojo, y en cambio, del raigambre el fibroso tejido me dejaba de miedo y amor adolorido; el sol le iba tostando las tiernas espadañas como fogón que a un niño le quema las pestañas. El surco ya exhibía en sus reconditeces cavidades y senos y blandas redondeces, y nidos diminutos y hoyuelos de mejilla ansiosos ya del beso febril de la semilla; los bueyes en su aliento hacían fumigaciones con el perfume a virgen de las maceraciones, sus pieles de oro hervían bajo el sol, y un humillo de carne y pan mezclaba su olor al del tomillo; bajo el azul bien diáfano de la mañana aquella vibraban en la brisa temblores de doncella, en la atmósfera había películas de frutas y almizcle acre y obscuro de cabras disolutas, todo el cristal del aire se ahumaba sutilmente con el vapor de alcoba de la chacra y mi frente, (con ese vaho galante que nos embriaga, así como la nubecilla de los *five o'clock tea*), con esos humos leves que son los delantales

ceñidos a la tierra por hadas germinales
para que en ellos tiren los soles sus ducados
y las constelaciones sus perlas a puñados,
que son linón tendido con manos asuntivas
por siembras que en anhelo de madres sensitivas
clarifican las mieles de esas tardes radiosas
en que abre el sol sus huertos de racimos y rosas

FUEGO

La noche de la quema las confusas
llamaradas doraron el ambiente
y morosas huyeron las lechuzas
a los confines misteriosamente.

El césped, los arbustos, los helechos,
la veste virginal quedó marchita,
y los surcos se irguieron como pechos
brunos de apasionada pastorcita.

Flores, zarzas y musgos familiares
tejidos por los siglos—sus abuelos—
en el humo de hogueras tumultares
tornaron a la rueca de los cielos.

Y eran de ver saltar en la fogata,
cual resurrectos rayos los bejucos,
y ascender como víboras de plata
los mimbres de los viejos arcabucos.

En ese prado legendario y yerto,
había estrellas cuajadas y proscritas,
porque al arder hacia el azul desierto
volaban otra vez las margaritas.

Allí entre los junquillos y retamas
debieron florecer hondos delirios,
porque hechas corazones, esas llamas
humeaban suavidades como lirios.

Con sus carbones llenos de quimeras
algo eterno el desierto simboliza:
lenguas de oro lamiendo calaveras
que escupen a los cielos su ceniza.

Allí estaba el sepulcro de jardines
del sol caídos en edades viejas,
porque en gajos de rosas y jazmines
resucitaban locas las abejas.

A los cabros chispeaban las pupilas
viendo flechas de sol en esos lampos,
y al plateado tin-tin de las esquilas
seguía hipido de anhelos en los campos.

En brasas de oro el tronco del romero
daba aromas de frases nazarenas;
en tanto que—profano pebetero—
el olor del corral ardía en las venas.

Proyectaban las grises humazones
sobre el abismo oscuro de los vientos,
polvaredas lejanas de escuadrones
y espectros de caciques harapientos.

Fuéronse huyendo de la luz las nieblas
con peplos de relámpagos fugaces,
como ninfas buscando en las tinieblas
las cuevas de los sátiros voraces.

Abrió el alba en el Este
su abanico celeste
para limpiar del cielo la ceniza;
y el vasco con sus ojos de remota montaña
escudriñó las nubes, luego olfateó con maña
de rumbeador las hierbas y la brisa

Agua buscaba en torno
de ese rescoldo de horno
donde ya el sol reverberaba su ala;
y al fin, con don profético y gesto de alegría
guiado por el perfume de alguna niebla fría
rayó una cruz con su filosa pala.

Y cavó, y en el rumbo
lo orientaba el retumbo
de su esfuerzo aplaudido por la sierra;
y al resuello del pecho contestaba la arena
con voz sorda y opaca de eternidades llena:
diálogo de la sangre con la tierra.

No se invocó la ciencia
ante la resistencia
del terreno a entregarnos su cautiva:
no! porque con las perlas cálidas de su frente
que el vasco se limpiaba con mano reverente
venció el recato de la dulce diva.

Sobre el fondo del pozo
con giros de retozo
saltó el agua desnuda y jubilosa;

y aunque la sombra humeante con azulados velos
la cubriera, reía, y sus ricos hoyuelos
guiñaba al sol, flexible y cosquillosa.

La subterránea bruma
bordó encajes de espuma
al lecho de joyantes piedrecillas,
y las burbujas de aire cautivo, de aire eterno
copiaron de las nubes el colorido tierno
y sutil de perladas gargantillas.

De bruces inclinado
sobre el montón dorado
de húmeda arena que el brocal cubría,
eché en aquel abismo de soledad mi barca
de ensueño, y vi en el fondo los tesoros del arca
donde guarda el amor su melodía.

Seda de cielos grises
diluyendo matices
de ojeras y mejillas ardorosas,
ocazos convulsivos y tristezas de infancia,
neblina de oceanos, jardines con fragancia
de senos sollozantes y de rosas.

Entre esa honda penumbra
mi niñez se realumbra
como ruina fosfórica en los montes:
el aljibe del huerto, la sala y sus espejos,
el pizarrón, los ojos del burro y los conejos,
el balcón de la novia y los sinsontes.

Y otra vez los espejos
remotos, los espejos

del taciturno adiós en los estuarios,
los de alcobas doradas por ardientes pupilas,
los de crespón y plata de mis noches tranquilas,
y los otros... sin luna... los tumbarios...

PLENITUD

Y ese pozo tan humilde es el arca donde guardo
todas las reliquias viejas de aromas sentimentales,
en él perfume las sedas de mi espíritu con nardo
porque en él guardo las flores de mis cielos oto-
ñales.

No soy avaro y no tengo caja de hierro con llaves
porque sé que la esperanza no está bien bajo ce-
rrojos,
pero allí escondo los vinos del crepúsculo y las
naves
llenas de rasos y mirras y constelaciones de ojos.

Del Tronador y el Domuyo buyen rozando los
flancos
El Limay de la leyenda y el Neuquén que el oro
espacia,
y por las pampas corriendo como dos rebaños blancos
al fin se unen y se brindan en holocausto de gracia.

En oficinas e imprentas sigan otros sus anhelos:
aquí el Limay en sus truchas su plata me brinda
tersa,
tengo oro en miles de bancos: estos surcos y estos
cielos,
y allá en la sierra el rebaño muere en las rocas
mi fuerza.

De la colina se miran los Andes n[ie]vos y largos
mostrando l[í]neas h[ia]l[is]mas de mundos evanescentes;
arcos de luz para flechas de los recuerdos amargos,
contornos de corazones, curvas de senos ausentes.

Sé que las tardes enfermas del Neuquén filtran
carmines

y en estas aguas destiñen para el otoño sus telas
y así, las melancolías en mis parques y jardines
tendrán tonos sensitivos para hacer sus acuarelas.

Aquí la ilusión me forja mis palacios halagüeños
y hay champañas y borgoñas de las celestes bode-
gas,

esa agua con esta tierra levantarán a su dueño
torre para las sus nobles añoranzas solariegas.

Cuando allego allí la frente fruncida de decep-
ciones

en sus cintillos de perlas reza el agua su rosario,
oigos suspiros maternos y susurros de oraciones,
siento místicas sonrisas y perfumes de incensario.

Y estas linfas y esas tierras saturadas de arreboles
me darán trigo con carne de Venus, y me darán
en mis racimos panales de astros y jugos de soles
y en mis cañas los carrizos que endulzó nuestro
dios Pan.

Sé que en esa tierra duerme mi corazón de ma-
ñana

y esa agua hervirá más tarde con vigor en mis ar-
terias,

que se harán labios de niños y púrpuras de manzana,
que serán mi yo futuro, sin dolor y sin miserias.

Místicas aguas, humildes novicias entre sus tocas;
aguas sin crespón de nubes ni orgullos de catarata,
dulces monjitas que dejan su monasterio de rocas
para tocar en mi pecho sus campanitas de plata.

Sé que esas sombras azules sepultadas en el pozo
serán bóvedas de ensueño en mis árboles y parras,
terciopelos de las uvas y palios de mi reposo,
suavidad de mis olivos y seno de mis guitarras.

En la palma de la mano tengo un montón de semillas
que en sus vientres diminutos llevan oscuras florestas,
en la palma de la mano sostengo templos y quillas,
cunas, féretros, salones y rumorosas orquestas.

Contra las noches sañudas en que brame el campo frío,
con traje de raso haré que mi lámpara se prenda,
y que en su falda de rosa duerman mis lobos de hastío,
y que mis júbilos dancen bajo el oro de su tienda.

Y así mientras yo requinto las violas de mis sonetos
el té fervido en la estufa salmodia su antifonario,
y en su falda azul las manos de Ella dibujan minuetos,
tejiendo encaje, fingiendo retozos de columbario.

Cuando el tren de Buenos Aires me lleve buenos
amigos
no hablar de literatura ni del *progreso creciente*,
hablar de cabros y viñas y del sabor de los higos
sin preguntar quien ha sido declarado presidente.

Y ya saben mis amigos, si por mi bien los albergo,
que allí estarán ebrios de aires sutiles y de susu-
rros;
sin vanidad y con poncho, sin guantes y con cham-
bergo
escalaremos la sierra en cabalgata de burros.

Y mesa alegre y pan blanco y sol sobre los man-
teles,
y flores, copas y risas, y frutas para el regosto,
mientras el chorrito de agua del jardín canta ron-
deles
y en las cubas bisbisea tiernos festejos el mosto.

Mis noches tibias presiento: entre sauces y gla-
diolos
Ella y yo paso entre paso conversando a la sordina,
y el crujido de hojas secas, y nosotros solos,
y en la sombra verde el halo de su blanca muse-
lina.

Y el éxtasis de inconsciencia de las tardes inver-
nales:
humo azul de té y de pipa, y estufa, brasas y ver-
sos,
golpecitos de aires grises en los húmedos cristales
y en las gotas congeladas dulce temblor de uni-
versos.

Mi «Zagala», mi «Zagala», punto invisible del mapa,
vivirás siglos y siglos con muchos, con muchos
dueños,

pero mientras tu piadosa arena mis huesos tapa
serás zagala y pastora de mis rebaños de sueños.

EDUARDO TALERO

Buenos Aires, 1929.

El dibujo y el texto de «La Zagala»
se han tomado del N.º 14 de *Ideas y
Figuras*, la buena Revista de crítica
y arte que en Buenos Aires dirige el
compañero Alberto Ghirardo.



A POBLÁ.....!

El hombre, fatigado, descuidado, con una indumentaria lamentable, está delante de mí. Se aflige, se exalta, maldice su suerte. Yo le he conocido en Europa. Vivía la vida precaria de los intelectuales pobres y medianos. Hacía, mal que bien, su periodismo. Esperaba su turno para colocar un artículo sin pretensiones, o unos versos honestos en ilustraciones populares de homeopáticos emolumentos. Pero, en fin, vivía, más o menos a dieta, con su familia, porque el infeliz se había casado. Luego, le había dado por las ideas de renovación social, y por hablar mal de los prohombres de la prensa y del congreso... Un desastre! Y un buen día, a fuerza de leer que Buenos Aires es una Jauja, en donde las calles están empedradas con li-

bras esterlinas, y que la gente se hacía millonaria dando conferencias, y que se necesitaban europeos para poblar—gobernar es poblar!—nuestro sujeto dejó a su mujer y a sus hijos y se lanzó a lo desconocido prometedor, sin más bagaje que su disposición para hacer artículos sin pretensiones y versos honestos. Y así desembarcó un día en la gran urbe argentina, inmigrante intelectual, como el decía. Traía algunas vagas recomendaciones, y ellas le hicieron pensar en «l'asiette au beurre», en el empleo público; pero se encontró con que en todas las reparticiones le estaban cerradas las puertas.

—Y ahora quiero volverme a Europa. Llevo ya un año de luchas. No he podido hacer nada. En los diarios no se me acepta de ninguna manera y esa era mi principal esperanza. Con decirle que estaba mejor allá!

—Señor —le dije—¿conoce usted el caso del marqués de Apeizteguía en la Habana? El marqués de Apeizteguía era un gran señor español que fué a Cuba en tiempo de la dominación peninsular, hace largos años. Era poseedor de una gran fortuna y procuraba el bien y el mejora-

miento de la isla bella a donde fuera a establecer su residencia. Por aquel tiempo se empezaba a escribir mucho sobre asuntos de inmigración. Se decía que para el progreso de la agricultura y de la riqueza cubana en general, lo primero que había que hacer era poblar. Y sobre la necesidad de poblar se escribían sendos editoriales y artículos de colaboración en todos los periódicos habaneros. La propaganda fué firme, y se insistió de manera que el marqués de Apeizteguía se contagió del entusiasmo general, y, con sus propios medios de fortuna, hizo llegar de España un buen número de familias andaluzas; pues entonces todo era lo mismo, y no se habían probado las excelencias de la inmigración vasca, asturiana, gallega, etcétera. Llegaron a la Habana las referidas familias, y el marqués, para alojarlas, hizo poner carpas, a lo largo de la costa, frente al espléndido y agitado mar de las Antillas.

Los primeros días pasaron en el descanso del viaje. El noble señor hizo distribuir vituallas, y ellas se consumían, regadas por animadores vinillos de la patria. Las guitarras se hacían oír, y el viento marino llevaba en sus soplos ecos de pe-

teneras, de soleares, de malagueñas, y de todo el repertorio de la tierra asoleada y vibrante de Andalucía. Y aquello era alegría perenne y juerga continua. Pasados algunos días el marqués se dijo que ya habían descansado y se habían divertido lo suficiente sus bulliciosos colonos. Así es que, se dirigió a una de las carpas, para hablar con uno de los que hacían cabeza en el grupo inmigrante.

—Fulano—le dijo—me parece que ya es tiempo de que vayan ustedes a hacerse cargo de sus tareas. Tengo dispuesta ya la partida de todos para el campo. A trabajar, pues, a trabajar.

—A qué?—dijo asombrado el andaluz.
—Pues nosotros no vamos, porque no hemos venido a eso.

—Y a qué entonces, hombre de Dios?
—Pues a poblá!

No dice la historia lo que resolvería el marqués con aquellas buenas gentes que habían ido simplemente a poblar. Mas la moraleja del sucedido está clara. Usted, mi excelente señor, ha creído que a la Argentina se viene «a poblá».... Y el caso es que lo que se necesita y se desea son hombres que vengan no solamente a poblar

sino a trabajar. Y a trabajar no en el sentido intelectual que ya ha producido en la gran capital su considerable proletariado, sino a trabajar las tierras, a hacer producir a la pampa alfalfa y trigo. Jauja existe, pero allá adentro, y hay que contar con el esfuerzo constante y, como en todas las cosas, sobre todo, con la buena suerte. Sí, ya sé que usted me señalará casos de artistas, de escritores, de periodistas y aun de algún poeta, que se han sacado el gordo, que han hallado terreno propicio en esta pródiga república; pero estas son excepciones, y han contado o con talentos singulares o bien con apoyos valiosos que les han abierto el camino del bienestar y aun de la relativa fortuna. Y aun esos han tenido y tienen que laborar con toda su voluntad y sus potencias, pues la competencia se impone y hay que estar siempre alerta y despierto sobre los laureles conquistados y en el puesto conseguido. Las profesiones liberales..... Recuerdo que, cuando yo era secretario de un caballero que dirigía una repartición en Buenos Aires, llegaban abogados y doctores en letras — inmigración intelectual! — a solicitar, muy bien recomendados, aunque fuese un

simple empleo de cartero... De éstos ha habido, que no han creído absolutamente preciso quedarse en la capital para aumentar la población, poder ir a los teatros y diversiones y ejercer la esgrima financiera. Se han ido a las provincias, a la campaña, han laborado con actividad, echando a un lado diplomas y títulos: se han hecho de arados y de sembradoras, y Jauja ha venido a su encuentro... Después han cumplido con el deseo de los andaluces del marqués de Apeizteguía, se han dedicado a poblar... A fabricar argentinos para mañana, argentinos que harán nuevos pueblos y nuevas ciudades. Fíjese usted cómo se creyó por largo tiempo que los judíos—a pesar de lo que dicen ciertos pasajes del Talmud—eran incapaces de cultivar la tierra y dedicarse al pastoreo; y gracias al barón Hirsch, se ha demostrado lo contrario en las colonias que ha revelado con tan admirable pluma el talento de Alberto Gerchunoff. Por qué no se va usted a probar fortuna, a hacer lo que han hecho los judíos? Por qué no se hace usted colonizar por el señor Blasco Ibáñez, ese ilustre almogavar que enseña con el ejemplo la energía y que pospone las letras

a más prácticas empresas?... Usted debe tener aspiraciones, puesto que abandonó el nacional cocido y siguió la senda de los conquistadores... Usted ha oído hablar, o ha conocido a los bravos indianos que después de venir en tercera clase y de pasar, como dice usted mismo, las de Caín, han vuelto a su tierra, llenos de millones, y han regalado hospitales, o escuelas, a sus pueblos. Y aunque sean vistos de una manera especial, tienen consigo la bella leyenda del hombre que salió pobre de su terruño y volvió rico de las ciudades fabulosas del otro lado del mar... No le tiente a usted llegar a ser un indiano, y cambiar por pingües acciones y títulos las prosas sin pretensiones y los honestos versos? Yo le aseguro que si Dios no me hubiera llevado por otras vías, y si no fuese ya un poco tarde para empezar... Ha visto usted los últimos versos de Eduardo Talero? Eduardo Talero es un gentil poeta lleno de cordura. Usted cree que no los hay? Los hay, sí, señor. Talero dejó los bullicios y las agitaciones de esta gran capital, que va para muy más allá que todas las Babilonias, y se dedicó a la sana y tranquila existencia

rural. Quiere usted oír bellas cosas? Oiga:

*...Al bullicio y las pompas renuncié desde entonces,
en busca de esta vida sin fanfarrias ni bronces,
que llevo en el desierto, dónde ya demagogo
no soy, ni por paltrañas jurídico abogo.*

*Mi corazón ¡el pobre! averiado del mundo
buscó en este remanso de silencio el profundo
ritmo que modelara la escoria de mis ruinas
en los arcos triunfales de estas bellas colinas;
o al menos, en la curva de una tumba rural
que es, ¿por qué no decirlo? postrer arco triunfal.*

*Aquí soy de mis perros y caballos bienquisto
y aunque huyo de los hombres, me allego a Jesu-
cristo
por este humilde trato con sedientas espigas
y con la cruz joyante de las noches fueguitas.*

*Aquí, por obra y gracia de la melancolía
me admite en su reinado de luz la fantasía,
y en las hialinas torres del cielo palagón,
miro los signos que hace nuestro azul pabellón;
en los barbechos grises labro mi pan y vino,
o filtro de los vientos el jugo cristalino
para que el sentimiento sus élitros eleve
hasta las soledades piadosos de la nieve. . .*

Y la hermosura lírica continúa siendo al propio tiempo lección y ejemplo de verdadera sabiduría. Dígame usted, señor,

si no es tentador; ir a formar el hogar como ese poeta, como ese filósofo, que es al mismo tiempo un comprendedor de la vida, ir a formar el hogar en recónditos parajes, en donde la naturaleza es la colaboradora del trabajo, en la producción del bienestar, de la comodidad, de la riqueza. Pero para ello hay que tener voluntad y decisión y olvidar un poco y aun un mucho la tinta de imprenta, los halagos de la ciudad, las orillas del Río de la Plata en donde no caben las carpas andaluzas del marqués de Apeizteguía... Y así, o se vuelve usted a su tierra vieja, a seguir su vida de café, y a dar a los suyos un improbable pucherete, con las consabidas prosas y los consabidos versos, o se mete, con alma y corazón, tierra adentro, convencido de que ha venido a trabajar; y no «a poblar»...

RUBÉN DARÍO.

La Nación de Buenos Aires, 2 de octubre de 1912.

LA HAZAÑA

1.

FRANSE todos amigos desde la juventud y se hablaban sin recelo: el pintor, el poeta, el escultor, el músico... Recontaban sus hazañas de amor: el pintor las suyas, como travesuras de muchacho; las del músico tenían muy otra malicia; las del poeta, las que más provocaban a risa a todos y a él mismo. El arquitecto callaba, escuchando sonriente en su barba rubia-gris descuidada, con sus ojos de color de violeta en la faz tan pálida.

— Y tú, ¿qué puedes contar de eso?
— Nada!—le dijo bruscamente, después de un largo silencio de todos, el pintor, sacudiéndole el hombro con cariñosa violencia, porque le quería mucho.— Ahí le tenéis... siempre un ermitaño!— añadió con ademán

de presentarlo burlescamente a los demás, como si no le conocieran.—Qué sabe él de esas cosas, ni qué le importan?—continuó—ni cómo tienes paciencia para escuchar-nos?—concluyó, volviéndose otra vez a él, con los brazos abiertos en cómica admiración y dejándolos caer luego a lo largo del cuerpo.

—Pues ¿no he de tener paciencia en escuchar, si yo también puedo contar?

—Quién?, tú?—El pintor estalló en una carcajada que llenó la casa; y después quedó mirándole con ojos de lástima, enternecido, como si el otro fuera un niño de cuatro años.—Tú?—repitió dulcemente, desafiándole.—Cuenta, a ver!

Todos se incorporaron en sus asientos para mejor atender. Él permaneció como hundido en su sillón, sonriendo, acariciando su barba de oro y plata, con un gesto que le era familiar, encantados sus ojos de violeta en la faz tan pálida.

—Pues, una vez—empezó con voz apagada como por un pedal celeste—una vez... que hice un viaje... hube de pasar muy cerca de aquel lugar donde yo sabía que vivía una joven que yo había conocido... Esto había sido unos dos años antes, en casa de

unos amigos donde ella estaba de temporada... Era extranjera y estaba a punto de casarse con un joven de su país que había tenido que ir a América a liquidar una herencia... y ella aguardaba aquí su vuelta. Era muy linda y muy inteligente... y yo me enamoré de ella. Pero, claro está, ella prometida ya, el novio ausente... hubiera sido una villanía. Además, era mucho más joven que yo... Sin embargo, me cobró alguna afición; gustaba mucho de hablar conmigo, porque era un espíritu sediento de ideal, y entraba en la vida con una gran curiosidad por las cosas bellas. Y así hablábamos muchas veces de las de mi arte, que ella podía comprender; y las sentía tan bien, y me sentía yo tan comprendido por ella, que cuando le hablaba de estas cosas, mi palabra se inflamaba y embellecía por sí sola... Y ella me escuchaba afanosa, sin disimular en nada el deleite que oírme hablar le daba... Porque era una criatura ingenua y buena, que en nada había mal para ella: así se asomaba curiosa a mi corazón, como un niño al agua para verse dentro, pero sin asombro de doblez ni coquetería. Bien le diría su instinto de bondad que nada había de temer de mí. Así se abando-

naba escuchándome, y no escondía su placer... Me acuerdo que un día en que habíamos conversado más largamente que de costumbre, y yo con tal inspiración de mi palabra que ni yo mismo la podía conocer por mía, se nos acercó su madre para advertirla que era hora de retirarse; y ella se levantó toda encendida y abrazó a su madre con gran efusión, diciendo:—Ay madre, la hora que he pasado!—Vamos, vamos—repuso la señora—ve a retirarte: estás fatigada...—Y al día siguiente, resolvieron marcharse... Yo lo supe, pero no tuve valor para ir a despedirlas; sino que a la hora de la marcha estaba en mi casa tendido en la cama y como muerto...

Pero, en fin, a los dos o tres años de todo esto hube de hacer un viaje... y en aquel viaje me encontré muy cerca de la pequeña ciudad donde ella vivía. He de decir que en aquellos dos o tres años ella había estado presente en mi pensamiento todos los días, y todas las horas de cada día; de modo, que lo demás que yo pensaba no hacía sino pasar como las nubes por delante del sol, que siempre queda, y aunque no siempre brille descubierto, trasparente e ilumina todas las cosas. Así su imagen, así mi amor,

estaba inmóvil en un perpetuo mediodía...

Pues, encontrándome tan cerca de su ciudad, quise ir allá; no para ver a ella y hablarla (que no me sentía con valor para tanto), sino para vivir un día allí donde ella vivía siempre; para llevar en mi pecho el aroma de los aires que ella respiraba, y en mis ojos, la visión que era familiar a los suyos. Y ¿quién sabe?, tal vez a ella misma vería... de lejos... sin que ella me viera... y renovaría en mi espíritu la realidad de su imagen; y nada más quería.

Así, pues, cuando llegué al lugar donde quise desviarme de mi itinerario conocido, escribí a mi madre avisándole mi llegada y anunciándole mi marcha para el siguiente día, sin decirle una palabra del misterioso rodeo de veinticuatro horas, que emprendí en seguida...

Al pedir billete para aquel punto se me encendió el rostro, como si con ello fuera a descubrir mi ensueño; y al arrancar el tren, sentí independencia inefable. Nadie me sabía por aquel camino, y si en él me perdiera, nadie iría a buscarme por allí.

Era un misterioso paréntesis de mi vida, un maravilloso transporte al cielo del ensueño. Yo ya no era allí el hijo de mis pa-

dres, ni el conocido de nadie, ni tenía nombre alguno; me sentía desligado de todos, y de mí mismo; me sentía como inmaterial, con una extraña ligereza de espíritu. Miraba y remiraba el billete del pasaje, y el nombre del sitio adonde iba me parecía el de un lugar celeste, fuera del mundo. Empecé a encontrar misteriosamente deleitosas las comarcas que la vía atravesaba; veía en ellas una sobrenatural belleza, y me admiraba observar en mis desconocidos compañeros de viaje una expresión de indiferencia. Y quizás eran vecinos de aquella ciudad! Quizás conocían a ella y podían verla a cada momento, y sin embargo vivían tan indiferentes!... Pero... ah!, no, no... aunque ellos no lo supieran, yo veía reflejada una cierta beatitud en sus rostros.

A medida que nos íbamos acercando al dichoso lugar, la misteriosa belleza del país iba aumentando aún, a mis ojos, de modo que yo empezaba a desfallecer; y me entró un gran temor de no poder resistir la dicha de sentirme tan cerca de ella. Si la encontrara de pronto delante de mí al volver de una esquina! qué le diría? ni qué otra cosa podría hacer sino caer sin sentido?

Cuando oí silbar la máquina y entrar el tren en agujas, un terror me invadió. Como visión de fiebre, por las ventanillas del vagón empezaron a girar grupos de casas en pendiente hacia una altura, con sus ventanas encendidas por el sol poniente y coronadas de puntiagudos tejados y algunos campanarios. Abajo, en el fondo, pasaba un río...

Ya en el andén mis pasos temblaban... Tanto soñar con ella, tanto tiempo... y ahora... estaba allí! Procuré apartar este pensamiento; pero ya al salir por el otro lado de la estación el corazón me dió un salto: por la explanada que quedaba delante vi cruzar una pareja, un matrimonio, con un niño muy pequeño vestido de blanco: los padres llevaban luto. Cruzaban muy aprisa. Detuviéronse un momento. El padre se inclinó a coger la criatura y se la puso en brazos; y siguieron su marcha apresurada. Ella tenía un cierto aire...: el velo del sombrero quedaba un poco atrás flotando al viento; pero pasaban tan lejos...

Después me encontré metido en un coche de fonda que traqueteaba con gran estrépito sobre el empedrado de una calle ancha toda soleada de un lado, en la que había

muchos almacenes, y tiendas de comidas y bebidas, y grandes depósitos de maderas: pasaban pequeños carruajes muy ligeros entre pesadas carretas de bueyes muy cargadas. De pronto mi coche corrió liso y silencioso por un ancho puente sobre un gran río; pero enseguida volvió el traqueteo ensordecedor, girando bruscamente el carruaje hacia una cuesta muy empinada que los caballos habían de subir al galope. La población se apretaba: las calles eran más estrechas, las casas más altas: la gente se apartaba subiéndose a las aceras, y miraban. Yo también miraba fuertemente a los transeuntes...! Todos se parecían a ella!

El carruaje se detuvo en una plaza triste, sombreada por grandes árboles; las casas tenían un matiz oscuro. La fonda era también café con un ancho toldo avanzando de la fachada, y mesitas en la acera. Enfrente había una iglesia blanca, de un un frío gótico moderno. Bajo el espesor de los árboles un pequeño monumento, un busto de hombre sobre un pilar bajo, rodeado por una pequeña verja. Más allá se prolongaba la plaza continuando la cuesta más ancha y más empinada.

El cafetero-fondista, grueso, sucio, cal-

moso, cubierto con mugriento casquete, y echada al hombro una servilleta manchada, vino a abrir la portezuela, y con gran displicencia me condujo por una ancha escalera de madera oscura y aceitosa a un cuarto grande y sombrío con cama de pabellón. Dos jarros tristes, sin flores, sobre la chimenea... una mesita en medio cubierta con un tapetito de ganchillo... un gran sillón marchito...

Así que quedé solo abrí la ventana. Vi delante una casa de buen aspecto, con escudo de Consulado en el balcón y el asta de la bandera... Quién sabe... en una población así los cónsules suelen ser personas significadas del lugar mismo... Su padre?... su marido?... Por una ventana entreabierta se veían unos cortinajes... y dentro brillaba un espejo... Pasé la mano por los ojos... Por qué debía ser allí... precisamente?

Salí... Anduve al azar. Vi unas murallas en una altura y un paseo de árboles que las bordeaba... y allí me encaminé. Eran murallas muy viejas, tostadas y comidas por el sol y el tiempo; y los árboles como decrepitos, carcomidos, pero todavía de espeso follaje muy menudo... De cuando en cuando un banco de piedra medio hundido

por los años... Y todo esto enrojecido por el sol que se ponía ardiente y confuso tras una ligera neblina... Empezaban a caer las hojitas de los árboles... Y ni un alma en todo el paseo. Yo solo, arriba de él, caminando casi de puntillas, con una especie de temor sagrado...

El paseo iba ascendiendo siempre en caracol, pegado a la muralla. Ahora, a esta vuelta—pensaba yo—aparecerá ella con un niño de la mano, y quedará tan sorprendida! Yo le diré...—Y entonces ya no tenía ningún temor: me hubiera sido tan dulce el encuentro, como si nos encontráramos por los caminos del cielo.

Iba subiendo. De pronto, en una de las vueltas, apareció a mis pies una inmensa llanura muy verde, y a lo lejos una gran cadena de montañas veladas a trechos por grandes fajas de niebla. Y me encontré junto a una iglesia, viejecita como las murallas, y al lado el cementerio, en lo más alto de la cuesta. Había allí el último banco de piedra, y quedé sentado en él no sé cuánto tiempo sin pensar en nada: sólo sentía un gran enternecimiento, y los ojos se me llenaron de lágrimas. Pasó una niña pobre, que se detuvo un momento a mi-

rarme. Se parecía mucho a ella. Oscurecía. Me levanté, y volví hacia abajo lentamente. A mis pies en la población iban apareciendo lucecitas. Cuál sería la de su ventana? No lo preguntaría a nadie. Todas podían serlo. A medida que iba bajando, oía voces de las gentes que pasaban por las calles. Yo escuchaba por si reconocía su voz. Todas me lo parecían...

Volví a la fonda; negra noche. Un comedor triste, una comida triste con gente triste en la única mesa redonda. Un juez, creo; un marchante en ganados que, cenando, revolvía las hojas de un catálogo; dos o tres sombras más... Todos callaban, menos un joven, un viajante de comercio seguramente, que cada vez que la camarera pasaba con los platos, pellizcaba en sus carnes al azar. Ella palabreaba y reía, descarada: las sombras que comían silenciosas reían sordamente, moviendo la cabeza con indulgencia...

Después de la cena, salí, al azar también. Pase un puente encima de un río que se oía correr muy caudaloso, pero no se veía. Después unas grandes luces eléctricas, blancas, me cegaron a la entrada de un parque solitario, húmedo, oscuro: sólo de cuando

en cuando una gran mancha blanca de luz eléctrica. Más adentro, tocando a un estanque verdoso, inmóvil, un kiosko para orquesta. Pero aquella noche no había nada. Sólo al salir vi acercarse una comitiva de gente bien vestida, alegre, hombres y mujeres, riendo... Oí una risa como la suya... Me detuve, y oculto en la oscuridad dejé que pasaran... Cruzaron la gran mancha de luz... pero las caras no se distinguían bien...

Llegué a mi cuarto y, al ir a cerrar la ventana, ví en aquella casa de enfrente, una luz muy baja, y en la quietud de la noche oí un reloj de sobremesa tocar, finísimo, allá dentro muchas horas. Oh! sí, debía ser... Y me dormí dichoso de dormir tan cerca.

A la mañana me despertaron unas campanas de són bello y grave. Empezaba a clarear. Y pensando que ella, adormecida, oía aquel mismo són, volví a dormirme dulcemente como un niño.

Me levanté tarde. El tiempo estaba cubierto y fresco. Salí, atravesando toda la ciudad. De cuando en cuando lloviznaba, y se oía tronar a lo lejos. Entré en una iglesia muy grande, y quise imaginar a ella orando allí. Pero ¡qué extraño! así como la

tarde antes me parecía haber de encontrarla, ahora la sentía tan ausente...! Volví a la fonda paseando como un viajero fríamente curioso.

La comida fué tan triste como la cena anterior; más. Empezó a llover a fuertes chubascos intermitentes. Después de comer salí a sentarme bajo el toldo del café. El fondista hablaba lánguidamente con unos cuantos parroquianos, los únicos que había. Un mozo jugaba con un perro adiestrándole en hacer cosas raras, inútiles. La plaza estaba desierta. De cuando en cuando pasaba una persona con el paraguas abierto, goteando. Me entró una tristeza! Me sentía tan lejos de ella como cuando estaba en mi casa; tal vez más...

Acercábase la hora de mi marcha. Engancharon los caballos. Abatido entré en el carruaje, que echó a andar. Por la portezuela ví aún al mozo adiestrando al perro, y al fondista que abría el paraguas y, cachazudo, se iba con uno de los parroquianos.

Subí al tren. Estaba sólo en el vagón. Entre dos chubascos salió el sol, y al otro lado de la vía ví brillar blanca, elegante, una bella quinta entre el húmedo verdor de un parque. Desde la ventanilla pregunté a

un mozo que estaba sólo en aquel andén (que era el del lado opuesto a la población): —Qué edificio es aquél?— Es la nueva casa del señor ***, que se casó el año pasado, a su vuelta de América...

Una oleada de sangre me subió al rostro. Mis ojos se enturbiaron... Silbó la máquina y el tren arrancó lentamente. Extendí los brazos hacia la casa que brillaba al sol entre el húmedo verdor... Misericordia!... Y en una galería vi aparecer una figura vestida de blanco, pero una blancura deslumbrante, al sol... El tren entró súbitamente en un desmante, y yo caí sobre los cojines del vagón, sollozando como un niño. He aquí mi hazaña...

El arquitecto se alzó trasfigurado, erguido, la cara extrañamente sonrosada y, sus ojos violáceos centelleaban. Parecía un joven de veinte años... Y salió aprisa del salón, como avergonzado. Pero los que le habían escuchado miraron un rato en silencio hacia la puerta, como si hubiera quedado allí un resplandor...

2

—Ahora veo claro lo que no habría

visto en la vida—exclamó el joven ayudante del ausente, el discípulo predilecto (y su cabeza pálida, coronada de rizos negros, surgio de pronto del oscuro rincón donde todo lo había oído, de todos ignorado u olvidado)—; ahora conozco de donde le viene a la obra de este hombre esa extraña virtud que todos sienten en ella y no se explican. Desde los más torpes, que ante esas construcciones fantásticas mueven la cabeza sin saber qué decir, hasta los detractores más ilustres que en la Facultad tiene, los cuales os explicarán el cómo y el por qué no ha sido ni puede ser nunca llamada arquitectura esa colosal floración de piedras que vemos alzarse misteriosamente por aquí o por allá de la ciudad, maravillándola y trasformándola poco a poco; todos, unos y otros, experimentan, ante eso mismo que no comprenden o critican, una sensación de ser dominados; sienten actuar sobre ellos una fuerza fecunda que les penetra y les remueve, no obstante la incomprensión y la censura. Y, ahora lo veo, esto viene de que es una cosa viva la obra de este hombre; de que su trabajo está animado de un principio activo, de algo que palpita y quiere: del amor, en una palabra; pero de un amor vivo

también, es decir: concreto y personal, aunque sublimado y trasformándose en creación artística. Oh, sí, sí, ahora lo veo; en la obra de este hombre circula la sangre, y este es su poder: toda ella no es sino una imagen de la mujer tan altamente amada; y si no vemos sus facciones mismas en cada muro, en cada ventana, en cada cornisa, es solamente porque nuestros ojos no ven aún las cosas más que hasta cierto punto. Pero ella está ahí, ella está dentro de todas esas cosas, su presencia se siente en ellas, puede decirse que son ella misma. Porque, el amor, ¿qué es sino un afán de creación? Pues este hombre en la madurez de una vida casta y contemplativa es tocado por el fuego de un amor, quizás el primero y el último. El primero y el último, el único en un hombre como él... y además bien correspondido! Sí; porque ¿no la veis aquella criatura fascinada por la mirada encendida y pura de ese niño de cabellos grises? Y qué podía hacer él, sin embargo? No por cierto romper traidoramente la boda ya con otro concertada; ni ¿para qué, si una posesión espiritual le bastaba? Pero ¿cómo apagará esa sed? Ha de vivir lejos de la amada. Procurará una correspondencia escrita

a espaldas del futuro marido? Eso sería echar una sombra sobre la serenidad de su inocencia: ella ya no parecería ella misma. Pondrá lealmente al otro de medianero en la relación sublime? No hay marido, por alto que sienta, capaz de tolerarlo. Se contentará con verla y hablarla alguna vez, en ocasión semejante a la que se le dió a conocer? Esto, para posesión espiritual, es poco; es demasiado ante la gente, tratándose de dos criaturas incapaces de disimular la viveza de sus sentimientos. Qué habrá, pues, de hacer? Buscar el olvido? Oh, no!; no cegará la fuente de vida espiritual más clara y abundosa que ha brotado de la plenitud de su sér; ni tampoco perturbará la paz de una pareja que tan feliz puede ser de otra manera. Ella es tan joven que olvidará fácilmente; pero él no olvidará, no; al contrario, avivará la llama, para consumirse quizás en ella, pero echando luz. Hará de su recuerdo el alma de toda su obra, y una vez más el amor creará de uno u otro modo. Si él hubiese sido un pintor habría pintado por siempre más la imagen de ella de mil maneras distintas; si fuese músico, el canto y la armonía brotarían variantes del tema único; si poeta, diría su amor en palabras inmor-

tales... Es constructor, pues los edificios serán los que hablen de ella, serán los templos, los jardines, los palacios. Lanzará los arcos y las bóvedas con la gracia de cobijarla, y cada portal como si ella hubiera de entrar, y en cada ventana la verá asomada, y quieta dentro de cada estancia, y dormida en la más recóndita... El templo será levantado pensando en su oración de rodillas, y los jardines planeados en la vagancia de sus pasos, y la glorieta para dar paz deliciosa a su reposo y a sus ensueños. Y así habrá pronto toda una ciudad que vivirá sin saberlo bajo el hechizo de aquella mujer amada. Y los fieles, postrados bajo las sagradas bóvedas, y los ricos en el goce de su lujo, y los pobres al abrigo de un techo humilde, vivirán en la gracia de aquella mujer espiritualmente tan fecunda por obra de un tal amor... Y ella, entretanto, ni memoria guardará quizás de aquel hombre que le hizo exclamar en pureza:—Ay, madre, la hora que he pasado...!—: vivirá tranquila y sonriente, sin saber nada... Y la más sutil delicia de este hombre, mientras consume su vida en la fiebre creadora que esa mujer le daba, será la conciencia de que ella para nada se acuerda ya de él

ni sufre ardor alguno del fuego que encendió y tanto devora. Oh, refinado deleite de un tal martirio! Veisla ya la fuerza de este hombre en su obra? No comprendéis también ahora la misteriosa atracción de su persona misma? su sonrisa triste y alegre a un mismo tiempo? su mirada ardiente y suave? su palabra conmovida y serena? El nos atrae ciertamente como un creador y como un mártir...

— Y para qué este martirio?—exclamó indignado el músico—. Para qué este sacrificio? Por qué no ha de saberlo todo ella? Ella tiene derecho a saberlo; él tiene el deber de hacérselo saber. No es un dolor que esta mujer olvide el paso de un tal amor; único seguramente en su vida? qué no sepa a qué ha venido el sublime sacrificio y la gran obra? En una mujer de tal espíritu icómo resplandecería la conciencia de un amor tal! icómo lo agradecería y cómo lo correspondería inflamando la inspiración del artista con la virtud de su palabra ingenua! Entonces la obra sería aún más grande, más perfecta, más serena. Porque el arte de ese hombre es atormentado ahora: mas la buena palabra de ella iqué corona de paz pondría en todos esos extraños edifi-

cios! Ah, no me vengáis a mí con teorías de renuncia y sacrificio, ni con la eficacia del dolor! El dolor es eficaz cuando no hay más remedio y se tiene fuerza para resistirlo y vencerlo; pero si todos pudiésemos vivir en beatitud, otras serían nuestras obras. Es necesario que esa mujer sepa lo que pasa. Quién sabe si ella se acuerda también de su austero enamorado, y suspira por aquel amor que adivinó, y piensa que él es quien lo ha olvidado; que él fué el ligero, el frívolo; él, que como hombre podía iniciar mejor cualquier forma de relación, el frío, el culpable de la muerte de un tal amor? Así puede pensar ella y condolerse. Y él, entretanto, todo lo sacrifica en el altar de un arte grande y desesperado. Esto es monstruoso, no puede ser. Ella quiere saberlo, quiere saberlo, os digo! No la imagináis la resurrección radiante de alegría de una mujer al saber una cosa así de ella misma...?

—Sí—dijo el poeta— y yo creo que por fuerza ha de tener algún presentimiento de ello. No puede ser que un hombre arda en la soledad como un pira de amor por una mujer, y que ella lo ignore absolutamente. Yo creo que así estuviera en la parte más

lejana del mundo, una hora u otra tendría señal de lo que por amor de ella sucede. Cómo? Yo no lo sé. Pero ¿no os ha sucedido alguna vez que desprevenidamente os ha invadido una oleada invisible de ternura, que, suspirando y alzando los ojos al cielo os habéis dicho:— Dios mío! qué es eso, esa inmotivada beatitud que siento?—Yo, cada vez que esto me pasa, juzgo que alguno en la tierra o en el cielo piensa muy bien de mí, y al través de la distancia... o de lo que sea, saludo sonriendo al alma hermana. Pues cuando un hombre ama como este amigo nuestro, en los momentos más altos de su amor, yo no puedo imaginar de la mujer amada sino que, por lejos y por olvidada que de él esté y en cualquiera atención retenida, súbitamente su mirada se extraviará en el vacío, refrenará el paso si está andando, quedará con la mano inmóvil, levantada sobre su quehacer, si lo tiene; una oleada de sangre subirá a su frente y a sus labios, brillarán sus ojos con brillo inusitado, su pecho subirá y bajará con más fuerza y más prisa unas cuantas veces, y al fin, una sonrisa de bienaventuranza moverá su boca suavemente...

—Sí; pero ¿sabrá de dónde le viene la:

misteriosa oleada?—interrumpió el músico sin poder contenerse—; pensará siquiera que sea el amor quien de lejos se la envía? Y aun pareciéndole cosa de amor... oh...! quizás entonces crea que tal bienestar le proviene de los suspiros de cualquier cadete tronera, el que la miró con insistencia en el teatro el día antes, y que quizás a tales horas se halle entre mujeres mundanas. Qué asco! No sé cómo podéis estar tan embebecidos en vuestras imaginaciones. No, no os hagáis ilusiones: la ausencia no es sino vacío, enfriamiento y olvido. Nuestro amigo ha llenado este vacío de tal manera, con su genio y con su corazón, porque él es quien es, y también seguramente por el momento de su vida en que fué tocado de ese amor. Pero ella, ¡pobre criatura! ella no habrá podido sino obedecer a la naturaleza tal como todos la vemos obrar claramente. Si los dos hubieran seguido tratándose como empezaron, ella hubiera sido iluminada también por este amor, y en el mundo existiría una bella pasión más, correspondida, y un corazón de mujer ennoblecido por esta correspondencia. Pero si el trato fué roto; si ella nada más supo de él; si años han pasado, ¿qué queréis que haya sucedido? A

ella le dolería ciertamente alejarse, pensaría aún en él por algún tiempo, esperaría quizás disimuladas nuevas; pero después se casó, otro mundo ocupó su pensamiento. Tal vez de cuando en cuando se acordó aún dulcemente de el hombre de quien se sintiera en tan pocos días tan amada. Después ya... quién sabe si alguna vez al año acude a su memoria un recuerdo, cada vez más confuso, indiferente casi... Pero ¡que volvieran a encontrarse, que se vieran, que se hablaran, y las mismas fuerzas de atracción que obraron al conocerse volverían a obrar y de nuevo a enamorarlos! mas no sin hallarse a una proximidad suficiente...

—No—repuso el discípulo, pálido ya de excitación—; yo no creo que al maestro pudiera venirle bien alguno de la presencia formal de esta mujer; y hasta creo que esto le sería un mal. Ella está ya en él en plena trasfiguración. El amor ha sido ya creador: nada más quiere. Dejad ahora solamente que el hijo vaya creciendo, que el maestro vaya desplegando su obra y que la imagen de la mujer que la anima quede por siempre más puramente espiritual en ella como en la imaginación que la ha trasfigurado. Oh, qué choque brutal, inútil, fu-

nesto sería ya el encuentro de los dos enamorados ahora sublimes!...

—Oh, no, no!—prorrumpió casi gritando el bueno del pintor, que hasta entonces había estado escuchando a uno y a otro con la boca abierta y sin decir una palabra—, ¡no nos vayamos así al cielo en cuerpo y alma! Lo que ahora veo—añadió cambiando de tono, triste, enternecido— lo que veo es cuánto ha debido sufrir!... Pobre muchacho!

—Qué sufra!—replicó el discípulo frenéticamente—: ese sufrir es nuestro gozar y el el suyo también; un alto gozar incomparable con la grosera complacencia personal!...

—Qué es eso ya? ¡ea!—gritó el músico fuera de sí con voz de riña—. A qué insistir en esas fantasías fúnebres? Pudiera yo juntarlos ahora mismo—y juntó fuertemente las manos, como cerrando brutalmente en ellas a la pareja—, ya veríamos cómo iban a rodar todas esas sutiles filosofías...

El escultor, que todo lo había oído quietamente, plegadas las manos sobre su grueso bastón, inmóviles sus rudas facciones, que parecían sólo desbastadas a grandes golpes de escarpa, los ojos hundidos como en dos profundas cavernas, levantó un poco

el brazo sobriamente, y dijo con su voz cavernosa también, sin esforzarla:

—No; ni acercarles ni alejarles. Esas cosas sólo deben ser gobernadas por el azar, que es padre suyo. Todas las cosas del mundo son hijas o nietas del azar; pero así como las más humildes han de ponerse al servicio de las potencias y designios humanos, las más grandes y hermosas no quieren odedecer sino al padre; y si se las fuerza a otra obediencia, rebélanse y dañan, y matan si pueden, y si no degeneran, y decaen y pierden todo su encanto original, y mueren feas o mezquinas. Ved ahora a ese buen amigo nuestro ¡qué linda flor le abrió el azar en aquella casa amiga! Por qué caminos, aparentemente comunes, pero de fondo tan misterioso y secreto, fueron a encontrarse aquellas dos naturalezas escogidas; como empujadas por invisible mano! Hubieran una y otra recorrido el mundo adrede buscándose, y no se hubieran encontrado. Y ahora, una vez brotada la flor de su amor, separadas por el rechazo mismo del encuentro, si volvieran a buscarse, o no se encontrarían, o si se encontraban, quedarían uno ante otro confusos y como avergozados de haber sido traidores a la pureza

del azar que los uniera, y sin saber qué empleo dar a la ocasión buscada; así quedaría roto el encanto, y el amor moriría quizás desengañado o pervertido. Otra cosa hubiera sido de haberse encontrado uno y otro en situación de unirse para un fin, no puramente espiritual, sino inmediato a la vida práctica: un matrimonio, hijos, casa.

Entonces, para este objeto, le hubiera estado muy bien a él ir derechamente a buscar nuevas ocasiones de tratar con ella hasta hacerla suya del todo, y se hubiera ganado el éxito, porque estas cosas, según he dicho, el azar las da al trabajo de la voluntad y del intento humano. Pero aquellos primeros se mueven en otra esfera donde el azar quiere tomarlas y dejarlas, y volverlas a tomar y encaminarlas por sus caminos, de nosotros desconocidos, y donde nuestros designios estarían expuestos a extravíos o tremendas caídas. Y por esta misma razón los amantes de quienes hablamos tampoco deben huirse, sino mantener su pasión en pureza, dejándola dar sus espontáneos frutos en las corrientes naturales de una y otra vida, y si en ellas de por sí vuelven a encontrarse, si es el mismo azar el que vuelve a reunirlos, ¡con qué inocente

alegría volverán a verse y a hablarse, qué nuevas flores en cada corazón y qué confianza en lo que sea a venir de ellas! Pero también si no vuelven a encontrarse ni a saber jamás uno de otro, entonces es bien seguro que la fidelidad que se habrán guardado en la ausencia echará flor de un celestial perfume, del que todos los jardines de la tierra no pueden dar siquiera una sospecha. Oh, si cada uno de nosotros tuviera en su corazón una riqueza así inagotable y supiera adornar con ella su vida y sus obras, otra sería la suerte de la humanidad y más cercana se haría de su fin divino! Dejemos, pues, entretanto a esos dos amantes por los caminos del azar cogiendo las flores maravillosas que brotan en los márgenes, y separémonos, que ya el poniente inflamado nos anuncia el fin de este día, y es hora de que cada uno vaya a reemprender en la oscuridad y el reposo el camino de su ensueño...

JUAN MARAGALL

Renacimiento de Madrid. marzo de 1907.

¹ De Cataluña, moderno. Obras suyas: En castellano: *Artículos* (prosa). En catalán; verso: *Poesies. Visiones e Cants. Les disperses. Enllà*; prosa: *Elogi de la paraula* y otros folletos; algunas traducciones del francés y del alemán.

LAS UNIVERSIDADES Y EL ESPÍRITU NUEVO

PARECE que hemos llegado a la conclusión de que es preciso reformar las Universidades. Las que hoy llenan el mundo con su fama, Cambridge, Oxford, la Sorbona, Boloña, conservan todavía el carácter medioeval impreso por la época de su creación. Todas ellas, las inglesas especialmente, cifran el primor de sus virtudes y la extensión de su influencia en sus estrechas vinculaciones con el pasado.

Una cierta agitación de los espíritus en estos momentos inclina la balanza en favor de la tradición. Hay fuerzas reales que se ocupan en sostenerla a todo trance. La tienen por comprometida con las formas que asume el conflicto vital. Sin embargo, defender la tradición es una labor superflua, tan desesperada como la otra de eli-

minarla. La tradición forma parte de las condiciones esenciales de la existencia. Fisiológicamente, psicológicamente, el hombre no puede deshacerse de ella. Todo esfuerzo que se haga por defenderla es un superávit de energía arrojado a los vientos, porque ella existe de por sí. Importa canalizar sus influencias sobre el futuro, apoyarse en ella para proceder como si no existiera: defenderla es irrisorio, eliminarla es tratar de suprimir la vida. Sin universidades medioevales, seguirá influyendo sobre las generaciones venideras.

Pero aún estos museos de la antigüedad, estos restos fósiles de un estado de espíritu inhallable, empiezan a convencerse de que es necesario renovarse o morir, pues los signos del tiempo indican ya la proximidad de su desaparición. Van corridos ya muchos lustros desde que Liverpool, Londres, Birmingham y otras ciudades inglesas juzgaron posible formar sabios y caballeros fuera de los muros de Cambridge o lejos de la tutela de Oxford. En Francia, la Escuela Normal era un imperioso molde del Espíritu. Las inteligencias que pasaron por esa tarraja sublime en el siglo XIX quedaban marcadas o deformadas, según otros, con

signos inequívocos. El talento se amueblaba en esta casa de muebles de tal manera, que a leguas era reconocible. Ingenios de tan diferente inclinación y poder como Edmond About, Hippolyte Taine, Jean Richepin y Jules Lemaitre, dejan asomar en cada uno de los géneros literarios a que le ofrecieron su actividad, el estado de espíritu normaliano, como la marca de fábrica de algunas porcelanas. Esa famosa institución, ese fenómeno de psicología colectiva, convertido en uno de los caracteres hereditarios de una raza, ha tenido que transformarse.

Es más aún; grandes masas de población, dominadas por el espíritu del tiempo, llegaron hace algunos años a la conclusión de que era posible conducir la enseñanza universitaria por vías distintas de la que impone la tradición inexorable a los dos centros medioevales de educación inglesa. Un movimiento de opinión más reciente que aquel a que se debe la fundación de las Universidades de Londres y Liverpool, ha venido a manifestarse en la creación de los politécnicos. Se ha educado ya en estos nuevos centros un tipo moderno de luchador, se ha formado allí una escuela de experimentadores, un grupo de reformadores sociales, que

señalan inexplorados rumbos a la vida y preparan el advenimiento de otras formas de cultura. En su *Man and Superman*, Bernard Shaw ha diseñado con toques breves este átomo social cuya fe en sus destinos, cuya visión cruda de la vida le hacen mirar con piedad, pero sin desdén, a las reclutas decrecientes de Oxford y de Cambridge.

Es sorprendente la resistencia que ha presentado a la reforma el tipo medioeval universitario. Sin embargo, el fenómeno adquiere apariencias menos nebulosas cuando consideramos cómo está ligada la existencia de la universidad a la conservación del tipo profesoral. En la edad media, un profesor era un individuo que poseía un libro. Era tan cara la producción de este instrumento de aprendizaje, que alrededor del individuo favorecido con su posesión, dueño de blanda destreza para manejarlo, y capaz de mostrar cierto interés amoroso en su conservación, se agrupaban aquellos a quienes la naturaleza había dotado de insaciable curiosidad intelectual. El profesor, siguiendo las alternativas de una transformación inevitable, acabó por convencerse de que los estudiantes acudían a buscarle a él, y

no al precioso manuscrito de que era poseedor. La escasez de los libros, agravada por la artificial importancia del magisterio, convirtió a ciudades como Boloña en grandes hostales donde se agolpaba la juventud de Europa en busca de la ciencia de su tiempo. Este origen de la universidad le imprimió un cierto carácter de monaquismo, conservado en muchos tipos de ellas hasta la hora presente. El estudiante universitario es en ciertos casos un recluso. Tiene su celda, sus devociones, sus horas de esparcimiento como el más piadoso de los monjes. Su trato continuo con los libros, le predispone al aislamiento. El contacto diario con el profesor y la opinión que el mundo se ha formado sobre este varón insigne, acendran en el recluso el respeto a la autoridad. La vida meticulosamente reglamentada, aún en el contacto con los espíritus que habitan otras celdas, hacen aparecer la disciplina, no como detalle de organización, sino como elemento esencial de la vida. Dentro de esta rigurosa maquinaria, es sorprendente que el género humano haya conservado las chispas revolucionarias que son indispensables para incendiar la hoguera del porvenir.

En setecientos años la baratura de los libros, la fundación de museos científicos, la incomparable facilidad de las comunicaciones, no han podido destruir ni la noción universitaria tradicional, ni el tipo tardigrado del profesor vinculado a los ideales de la edad media. Apenas ahora empezamos a comprender que ni la institución ni el tipo humano que la sostiene son elementos indispensables para conservar la cadena que nos liga con el pasado. Tampoco son necesarias para proyectar nuestros espíritus sobre el porvenir. Empiezan a ser un obstáculo de que es preciso deshacerse. Ya el siglo XVIII dió algunos ejemplos de que los hombres de voluntad e ingenio, provistos tan sólo de los elementos rudimentales de la cultura, podían fuera del abrigo de las universidades, llegar al desarrollo armonioso de su personalidad. El siglo XIX fué la era de los autodidactas. Los hombres de ciencia, los hombres de acción, los propugnadores de nuevas formas vitales en las sendas del arte o de la investigación, no eran siempre producto de las universidades. Spencer, a los veintiún años, era un empleado de ferrocarriles. Su saber en esos instantes estaba limitado por círculo muy

estrecho. Los hechos económicos de que empezó a tomar nota para escribir en una revista especial, le enseñaron el camino por donde había de llegar, después de haber absorbido casi todo el saber de su tiempo, a formular la más hermosa, aunque no la menos vulnerable, de las generalizaciones filosóficas. Nietzsche, educado en las universidades para formar tipos universitarios, abandonó esa carrera el día venturoso en que logró descubrirse a sí mismo. En el ápice de su vuelo imaginoso consagró la fórmula aquella que da al traste con todo el sistema universitario: «No tengo discípulos. No acepto por tales sino a los que me nieguen porque me han sobrepasado».

No cabe, pues, argumentar sobre la necesidad de crear un nuevo tipo de universidad. Discurren copiosamente los que sostienen que al lado de Oxford, la Sorbona y Bolonia, sin destruir estas complicadas y hermosas estratificaciones del espíritu, deben crearse nuevos tipos de impulso cultural. Se les puede conceder tiempo para que continúen a su sabor este innocuo ejercicio de retórica. Ha sido error suponer que solo

era posible un tipo de universidad. El medioeval llenó su objeto; tal vez le quede aún uno por llenar. Ha existido sobrepuesto a estos institutos, o separado de ellos, el tipo de universidad encargado de crear médicos, legistas o ingenieros. En otras casas de reclusos la humanidad ha perpetuado sus aficiones al pasado, educando profesores para las gentiles disciplinas. Hoy existen, pues, varios tipos de universidades. La medioeval cristilizada en Oxford y sus semejantes, cuyo objeto principal es disciplinar el espíritu en las preciosas formas de la cultura clásica y formar una clase social de mandarines para perpetuar el gusto por estas disciplinas y conservar las ideas sobre las cuales reposa este vasto crimen colectivo llamado civilización cristiana. Nombre inadecuado desde luego, porque las normas éticas y sociales porque se rige el mundo no difieren sino superficialmente de la cultura greco-romana. Solo en la superficie ha habido un cambio con el cristianismo, cuya propagación ha difundido a un mismo tiempo por el mundo occidental las preocupaciones sórdidas del tipo semítico. La universidad de tipo medioeval debe subsistir aislada del mundo, con el encargo exclusivo

de ofrecer la educación clásica a un número reducido de individuos, y para conservar entre unos pocos afortunados el amor al conocimiento mismo. Bacon, que era un espíritu práctico, dejó constancia de su sorpresa al ver que «entre tantas grandes fundaciones de colegios en Europa... todos dedicados a las profesiones, no había ningunos consagrados solamente a las artes y a la ciencia en general». Esta aspiración del filósofo es la que deben continuar llevando exclusivamente las universidades del tipo más antiguo.

Existe además la universidad del tipo profesional o tecnológico, mezclada desde luego con los embolismos de la educación clásica. A este tipo pertenece en lo general la universidad alemana, cuyo buen nombre no «depende tanto», según un escritor moderno, «de lo que ha avanzado últimamente, sino del atraso cimerio en que se hallan las del resto de Europa.» La universidad alemana ha dado indudablemente un paso hacia el porvenir. En algunas de ellas, al lado de los estudios clásicos y de las disciplinas puramente científicas, se ha creado espontánea y orgánicamente una escuela de experimentación, en que trabajan a un